
OCCIDENTE Y AMÉRICA CENTRAL

Miguel Angel Martínez



5

En una situación de confrontación de bloques, como la que actualmente vive el mundo, parece lógico que la URSS tenga interés en avanzar y en ganar posiciones en lo que «a priori» se considera como zona de influencia del adversario. Ese interés será, evidentemente, mayor si la zona en cuestión presenta un valor estratégico tan importante para los Estados Unidos como el de la región que se ha dado en llamar Centroamérica y el Caribe.

Sin embargo, el reconocer que a la URSS le interesaría ganar influencia en esta región no puede llevarnos a exagerar la incidencia que hasta el momento haya alcanzado en ella. Ni puede llevarnos a ver cuanto allí suceda bajo la obsesión del peligro de la penetración soviética.

Ni puede tampoco llevarnos a orientar nuestras actuaciones —ni menos aún a justificar cualquiera de ellas— fundamentalmente en función de dicho peligro. Ni puede, a fin de cuentas, esgrimirse ese peligro para ocultar y proteger otro tipo de intereses que los abiertamente proclamados.

Para empezar, parece poco discutible el que ni en la Geografía, ni en la Historia, ni en la tradición cultural de los distintos pueblos y países que integran Centroamérica haya algo que seriamente favorezca, prepare o contribuya a facilitar la penetración o la influencia de la URSS —ni aún la del marxismo-leninismo— en esa región.

Conviene entonces analizar, aún de forma muy esquemática, los rasgos definitorios de la situación que viven los países centroamericanos, para ver si acaso en las condiciones políticas, económicas y sociales de dichos países sea donde aparezcan elementos que pudieran tender a facilitar la entrada de la URSS en la región que nos ocupa.

Sin duda, el subdesarrollo es la principal característica de la sociedad en que se articulan los países de Centroamérica y el Caribe. El subdesarrollo, en toda su dimensión de miseria, de analfabetismo, de desempleo, de enfermedad. Pero un subdesarrollo que, además, institucionaliza la injusticia social en sistemas en los que la explotación, la represión y la corrupción encajan entre sí, llegando a producir un funcionamiento aparentemente estable y operativo en el mantenimiento de su propio *status quo*. En sociedades de este tipo resulta difícil implantar regímenes en los que se respeten los derechos humanos y las libertades fundamentales. Como es asimismo grande su resistencia al juego real de la democracia y al Estado de derecho. Ello no hace sino más meritorios los casos excepcionales en que tales empresas han tenido éxito. Pero, por desgracia, la norma es que el poder lo tengan en sus manos las oligarquías que detentan todos los privilegios a costa de negar todos los derechos a sus respectivos pueblos. Importa menos el esquema que sirve de apoyatura formal al ejercicio de dicho poder: dictadura personal, dictadura del estamento militar

Las reivindicaciones de los pueblos centroamericanos se corresponden rigurosamente con las carencias que vienen padeciendo.

como tal, o incluso farsa parlamentaria con la que algunas conciencias podrán sentirse más tranquilas, pero que a menudo resultan incluso más peligrosas que

las dictaduras declaradas que, por lo menos, no introducen elementos de confusión ni comprometen el futuro de la verdadera democracia.

Otro dato significativo, común al pasado reciente y al presente de la generalidad de los países de Centroamérica, es la abrumadora presencia en ellos de intereses económicos cuyo centro está en Estados Unidos. Estos intereses han sabido conjugarse con los de las minorías dominantes en el poder, y apoyándose a su vez en ellas para obtener márgenes máximos de beneficios. Probablemente es en la defensa de estos intereses económicos de tipo privado —y mucho antes de que entraran a valorarse otros elementos de juicio— donde se inicia la política tradicional de los Estados Unidos que hacen a éstos considerar a Centroamérica como el patio de su rancho.

Si atendemos a la situación aquí descrita —aún con planteamientos deliberadamente simplificados— en que viven los pueblos de América Central, no es difícil hacer el inventario de las aspiraciones de dichos pueblos. Bastaría por otra parte con pasar revista a lo que ha sido su historia en lo que va de siglo— y empezando incluso por el propio México—, desde bastante antes, por lo demás, de que ni siquiera el nombre de la URSS se hubiera oído por esas latitudes.

Las reivindicaciones de los pueblos centroamericanos se corresponden rigurosamente con las carencias que vienen padeciendo, precisamente con aquello que se les ha venido negando: progreso y justicia social; libertad y derechos democráticos, y dignidad nacional.

¿Acaso se puede afirmar que las aspiraciones que se plantean en Centro-

américa y el Caribe no responden a situaciones objetivamente comprobadas de privación injustificable de lo que se exige?

¿Acaso se puede explicar la movilización en favor de estas exigencias sola o fundamentalmente por la posible —y aún probable— labor de agitación que la URSS pueda estar realizando en el área?

¿Acaso se pueden identificar las reivindicaciones planteadas, tal y como nosotros acabamos de definir las, con el comunismo, el marxismo-leninismo o el sovietismo?

Más correcto parece afirmar que existen razones tan profundas como genuinas para que los pueblos centroamericanos se nieguen a aceptar lo que ha sido hasta el momento su condición, y ello sin necesidad de que les empuje la URSS ni el mismísimo diablo.

Como parece más correcto el reconocer la conciencia de las reivindicaciones centroamericanas, no con el leninismo,

sino con los principios que pasarán a la Historia de la Humanidad como los de la gran Democracia Americana de George Washington y de Abraham Lincoln.

Y, sin embargo, se aprecia en la política de los Estados Unidos respecto de Centroamérica, y apenas con diferencias de matices, a lo largo de las diferentes administraciones que se han sucedido en la Casa Blanca, una línea constante de enfrentamientos con las reivindicaciones que acabamos de enunciar.

A la hora de valorar esa línea hay que reconocer que ha sido y es claramente contradictoria con los principios sobre los que se sustenta el mundo occidental, al subordinarse por sistema el respeto de dichos principios a la defensa de los intereses económicos, políticos y estratégicos norteamericanos.

Y esa línea ha sido, también, en todo caso, contraproducente en sus consecuencias: por una parte, está poniendo en entredicho la consistencia misma de aquellos valores y la confianza que en ellos debieran tener los pueblos de Centroamérica; por otra, ha contribuido a propiciar el que la Unión Soviética entre a jugar en la zona un papel que le hubiera sido difícil alcanzar en base a sus propios méritos.

De hecho, el análisis de la actuación de los Estados Unidos en Centroamérica demuestra que, con ella, se han perseguido dos objetivos: por un lado impedir que en aquella región se iniciase un proceso que antes o después, inevitablemente, iba a chocar con intereses económicos privados norteamericanos que operan allí; por otro lado, abortar un proceso que asimismo iba a caracterizarse necesariamente por una mayor independencia de

los países en cuestión respecto del gran vecino del Norte.

Hasta los años cuarenta esta política no necesitaba ni más explicación ni más

justificación: parecía legítimo y hasta respetable el que un país poderoso protegiera intereses de sus nacionales aún a costa de los intereses de otros países y pueblos. Pero poco después iba a cerrarse aparentemente en el mundo la era de los grandes imperios coloniales. Ello no significó, sin embargo, que los Estados Unidos variasen sustancialmente su actuación en Centroamérica. Apenas si tratarían de hacerla más presentable, justificándola, de paradoja en paradoja, como defensa de la libertad frente al avance del comunismo, y como defensa de Occidente y de la propia seguridad norteamericana ante la penetración y la amenaza de la Unión Soviética.

De esta manera, y hasta hoy, algo que es un claro exponente del conflicto. Norte-Sur se presenta como parte del conflicto Este-Oeste. Y se presenta así, con tanta

Algo que es un claro exponente del conflicto Norte-Sur se presenta como parte del conflicto Este-Oeste.

aplicación y con tanta insistencia, que aún manteniendo sus características fundamentales han llegado, efectivamente, a contar también, y a veces de forma particularmente peligrosa, en la confrontación que enfrenta a ambos bloques.

Esa presentación del problema tiene para los Estados Unidos la ventaja de difuminar la responsabilidad que como Norte tiene en la crisis en que ha entrado la región. Y además tiende a comprometer al resto de Occidente junto a sus aliados norteamericanos, y frente al adversario del Este, y, en realidad, frente a las aspiraciones legítimas de los pueblos de Centroamérica.

En esas circunstancias, con la zona estallada en varios frentes de verdadera guerra sin paliativos, y convertida Centroamérica en uno de los principales puntos calientes de la tensión mundial, constituye una grave responsabilidad para todos nosotros, y más concretamente para Europa —y tal vez aún más para España—, el movilizar todo tipo de esfuerzos con vistas, primero, a la pacificación y distensión de la zona, y luego a encauzarla hacia la solución de sus problemas.

Eso requiere ante todo desenmascarar el conflicto poniendo en evidencia su naturaleza real, y buscarle fórmulas superadoras que no aspiren sencillamente a mantener privilegios tan injustos como trasnochados, ni a combatir fantasmas que pudieran llegar a ser reales a fuerza de invocarlos una y otra vez.

Así, las preocupaciones que en Occidente sentimos respecto de Centroamérica y del Caribe deben llevarnos a proponer alternativas realistas en las que destaquen la solidaridad, el respeto al derecho que cada pueblo tiene para elegir su propio camino, y la responsabilidad que a todos nos incumbe en la defensa de la paz.

Desgraciadamente, no parece que las actuaciones de la actual Administración norteamericana se orienten de acuerdo con estos planteamientos. Por el contrario, desde Washington se siguen obstinando en entender —y, desde luego, en presentar— cuanta exigencia libertaria y nacionalista aparece en Centroamérica como una expresión directa de la penetración soviética y, por lo tanto, como una amenaza inmediata a la seguridad misma de los Estados Unidos. Aquí entra en juego el principio, simétricamente compartido por ambas superpotencias, de que existen áreas de interés vital para su propia seguridad, lo que les autoriza a controlar en función de sus estimaciones cuanto acaece en dichas áreas.

En lo que a nuestro caso preciso se refiere, esto se traduce por una movilización y presencia —tan desproporcionada como injustificada— de efectivos militares estadounidenses de todo tipo en Centroamérica y el Caribe, como avanzada de una política abierta y declaradamente intervencionista que les lleva al hostigamiento permanente de Nicaragua, a la total instrumentalización de Honduras, con la consiguiente debilitación de sus instituciones y puesta en entredicho de su soberanía al convertir su territorio en base pública y notoria de las operaciones antisandinistas, y a una implicación cada vez más comprometedora en El Salvador (a este respecto uno no puede sino preguntarse si han servido de algo los dramáticos errores que en su día se cometieron en el Vietnam). Toda esta política queda particularmente puesta en evidencia por la invasión de la pequeña isla de Granada que, aún sin mayores comentarios, a todos nos hace recordar episodios de tiempos pasados y que, al parecer ingenuamente, creíamos enterrados para siempre.

EE.UU. entiende cuanta exigencia libertaria y nacionalista aparece en Centroamérica como una expresión directa de la penetración soviética.

Tampoco deja lugar para mucha esperanza ni abre perspectivas serias de soluciones a la crisis de Centroamérica el

Informe de la Comisión Kissinger ni las alternativas que en el mismo se perfilan. Dicha Comisión bipartidista, nombrada por la Casa Blanca para diseñar una política consensuada a medio y largo plazo para Centroamérica, no se ha separado, en lo esencial, de los grandes planteamientos que sobre aquella región se hace la propia Administración Reagan. De ese modo, por más que en su Informe se aprecien algunos elementos de análisis que, cuando menos, reconocen ciertas circunstancias objetivas que se dan en la zona, lo evidente es que, tanto a la hora de estudiar los problemas como a la hora de definir las soluciones, se vuelve a caer en diagnosticar la crisis como un fenómeno de la confrontación Este-Oeste, y ni siquiera se llega a identificar con claridad la evidente dimensión de conflicto Norte-Sur que tiene la situación de Centroamérica.

La parcialidad con que se aprecia la problemática actual aparece aún más cuando se pretende achacar el subdesarrollo de la región a las raíces de su historia colonial, ignorándose en cambio lo que han sido y son los mecanismos de explotación que han operado de modo colonial y hasta la fecha, en lo que va de siglo. La obsesión en explicar la situación como parte del conflicto Este-Oeste distorsiona el espíritu mismo del Informe Kissinger y le hace caer en contradicciones difíciles de refutar. Así, el subdesarrollo de la zona no se siente tanto por la miseria y la injusticia que supone para los hombres y mujeres de Centroamérica y el Caribe. Preocupa, sobre todo, por el caldo de cultivo que pueda significar todo ello para el avance de las ideas comunistas y para la penetración de la influencia soviética en la zona.

Y así, aún reconociendo la necesidad de la paz en la región y de sistemas democráticos de gobierno en los distintos países como condiciones indispensables

Un dato significativo del Informe Kissinger es el recelo con que en el mismo se considera el papel que Europa pueda jugar en la solución de la crisis centroamericana.

para vencer el subdesarrollo, el acento en las soluciones propuestas se pone en la cooperación y el refuerzo de las estructuras militares, de modo que éstas sean capaces en cada país de oponerse a la «subversión» en el plano interno, y a la «agresión» en el plano exterior. No parece precisamente muy coherente que, fijándose como objetivo la paz, esté propiciando la escalada militar, ni que se contribuya al establecimiento de regímenes democráticos reforzando a estamentos militares cuya trayectoria en la región, si acaso, se destaca por su carácter golpista y antidemocrático. Pero es que, además, las opciones propuestas para superar el subdesarrollo de la región no sólo son unilateral y políticamente discriminatorias, sino que además parecen articularse en un proceso de norteamericanización de Centroamérica y del Caribe, defendiéndose a menudo intereses y esquemas contrarios a lo que serían las exigencias de desarrollo racional y equilibrado de cada uno de los países concernidos. Si la solución que se pretende realmente es la proliferación de Puertos Ricos en Centroamérica y el Caribe, tal vez sería más honesto proclamarlo abiertamente; el problema puede estar en lo que los pueblos de la región piensen respecto a tal proyecto. Y en lo que piense asimismo el resto de la comunidad internacional.

Un dato significativo que puede servir para caracterizar el informe de la Comisión Kissinger es el recelo con que en el mismo se considera el papel que Europa pueda jugar en la solución de la crisis centroamericana, llegando a interpretarse positivamente el hecho de que en los últimos tiempos, a juicio de los redactores del documento, «se hayan apagado» las declaraciones europeas sobre la situación de Centroamérica. Parece como si aquí se cayera otra vez en la vieja pretensión antes ya recordada del «patio de mi rancho».

Con eso y todo, dentro de los Estados Unidos va apareciendo una creciente preocupación por la crisis que se da en Centroamérica así como una gran inquietud por el papel que la Administración Reagan está haciendo jugar a su país en dicha crisis. La propia opinión pública, los círculos universitarios e intelectuales, los sindicatos, pero sobre todo los medios políticos, piden mayor información, debaten, y en muchos casos marcan sus distancias respecto de una política cuyas consecuencias son, cuando menos, imprevisibles. El tema está adquiriendo un protagonismo destacado en la actual campaña presidencial y, en todo caso, el cuestionamiento de la actuación desarrollada hasta el momento está dando lugar a reflexión y propuesta de alternativas realistas, razonables y progresistas que, por fin, ofrecen alguna perspectiva de optimismo para la solución de la crisis centroamericana.

Las preocupaciones y reacciones que en esta materia aparecen en los Estados Unidos no hacen sino coincidir con las inquietudes y apoyar las iniciativas que desde el propio entorno latinoamericano han surgido para poner coto a la actual situación de tensión y de sufrimientos que se dan en Centroamérica y el Caribe. En concreto es admirable que los gobiernos de Panamá, México, Colombia y Venezuela, haciendo frente a todo un complejo entramado de presiones, hayan tenido el enorme coraje político necesario para dar vida a la operación que se conoce con el nombre de la isla de Contadora, donde esa actuación empezó a tomar cuerpo.

Las propuestas del Grupo Contadora se han ido precisando en una serie de documentos con los que se han llegado a definir con claridad los principios en los que deben basarse la paz y la convivencia en el área hoy afectada por mayores tensiones, así como los objetivos que han

de alcanzarse para garantizar que la distensión y el progreso de la región se consoliden y en adelante se mantengan sin obstáculos ni interferencias.

Tan correcto, tan honesto, tan inatacable es el proyecto presentado por el Grupo de Contadora que prácticamente nadie se ha atrevido a criticarlo ni a oponerse a él de manera frontal. Por el contrario, con mayor o menor esperanza, con mayor o menor entusiasmo, con más o menos buena fe, los gobiernos y la generalidad de las fuerzas políticas de los países de la región han aceptado seguir los cauces que el plan de Contadora ofrece para superar la crisis de Centroamérica.

Naturalmente que la iniciativa del Grupo de Contadora ha tenido serios y poderosos detractores, fundamentalmente aquellos que actúan defendiendo intereses incompatibles con el progreso social, político y económico de Centroamérica. Ante la imposibilidad de atacar al proyecto desde posiciones de alguna decencia, los esfuerzos de estos sectores se han centrado en una acción subterránea, diversificada en sus objetivos pero coincidente en buscar el agotamiento de Contadora.

Ha habido presiones y aún operaciones desestabilizadoras, realizadas contra los gobiernos del Grupo, como recordándoles la sola relativa consolidación de sus instituciones, en algún caso, y la grave situación económica de sus países, en otros.

Y ha habido resistencia a caminar con la franqueza y celeridad que sería deseable por parte de los países de la región en que gobiernan fuerzas más conservadoras; y ha habido también una auténtica campaña desarrollada con el resto de América Latina y en Europa para que las manifestaciones de apoyo a Contadora

Dentro de los EE.UU. va apareciendo una gran inquietud por el papel que la Administración Reagan está haciendo jugar a su país en la crisis centroamericana.

queden reducidas a meras declaraciones retóricas, sin mayor compromiso de acción por parte de nadie.

En definitiva, se ha tratado de deva-luar, de vaciar de contenido, las propuestas del Grupo Contadora, frenando a sus promotores, bloqueando la puesta en marcha de las medidas sugeridas y aislando el proyecto de la solidaridad y el compromiso internacionales.

Frente a todas estas maniobras es importante resaltar que la iniciativa de Contadora sigue vigente, y que es en realidad el único proyecto razonable, y que haya suscitado el consenso y el apoyo necesarios para conducir a la solución de la grave crisis que están convulsionando a Centroamérica y el Caribe y amenazando la paz en la región y aún en el mundo.

Europa, como parte esencial de Occidente, tiene en toda esta materia un papel destacado que jugar, pese a quien pese, al menos a dos niveles distintos pero complementarios, y siempre coordinando sus esfuerzos con nuestros interlocutores latinoamericanos dentro de las propuestas y estrategias definidas por el Grupo Contadora.

Por un lado, Europa debe dejar bien claro al aliado que son los Estados Unidos que precisamente esa alianza nos da derecho a exigir coherencia con los principios democráticos que nos unen, en las actuaciones de todos y, en particular, en las suyas respecto de Centroamérica. Conveniría hacer tomar conciencia a los Estados

Ha existido una campaña en América Latina y Europa para que las manifestaciones de apoyo a Contadora queden en unas declaraciones retóricas.

Unidos de que interesa a todos —a los centroamericanos, por supuesto, pero también a Europa, e incluso a ellos mismos— el llegar a establecer un sistema de relaciones basado en la amistad y en la lealtad con el que se superen funcionamientos de tipo satélite, actualmente aún vigentes y explosivos a medio plazo.

Por otra parte, Europa, atendiendo a las prioridades fijadas por los propios países afectados, debería iniciar proyectos concretos, buscando en ellos la participación más amplia posible, y mediante los cuales, sin demora, con imaginación, con generosidad y poniendo los medios necesarios, se marquen ya las pautas de lo que vaya a ser la cooperación para el desarrollo que necesita Centroamérica y el Caribe; y ello sin exclusiones ni discriminaciones; en la evidencia de que ese desarrollo no sólo redundará en el progreso de los centroamericanos, sino que además será un factor sustantivo en la independencia real de los respectivos países y en la paz de la región.

Y probablemente, sin pensar directamente en ello, y, desde luego, sin que ello constituya el motor de nuestra actuación, con ese tipo de programas, con esa conducta solidaria y —por su misma coherencia— revalorizadora de nuestros propios principios, estaremos contribuyendo eficazmente a que la URSS y el marxismo-leninismo pierdan la influencia, limitada a nuestro juicio, que hasta el momento han podido conquistar en la zona fundamentalmente a base de aprovechar torpezas y egoísmos de sus adversarios.